

»Entretanto llegaron también a París embajadores de Childeberto para avisar al rey Chilperico que no sacara nada de las ciudades del reino de su hermano Sigeberto que tenía en su poder, ni regalara nada de ellas a su hija, ni tocara a nada de cuanto había pertenecido a Sigeberto, como siervos, caballos, yuntas de bueyes y otras cosas. Se dice que uno de estos embajadores fué asesinado misteriosamente, recayendo la sospecha sobre el rey. Este prometió no tocar a nada; despues reunió a sus caudillos y guerreros fieles y celebró las bodas de su hija, a quien entregó a la embajada goda y le dió grandes tesoros. También su madre le aprontó una cantidad considerable de oro, plata y ropas, tanto que cuando el rey lo vió, dijo que no quedaba ya nada para él. La reina al verle de tan mal humor se dirigió a los francos y dijo: «No creáis que aquí haya algo de los tesoros de los reyes anteriores; todo lo que veis que doy es de lo mío, porque el glorioso rey me ha hecho grandes regalos; algo también he acumulado con mi trabajo, y mucho de las fincas que me corresponden, ya en frutos ya en rentas; también vosotros me habeis enriquecido a menudo con vuestros donativos. De todo esto he tomado cuanto aquí veis, y nada hay aquí que sea del tesoro público.» Así fué engañado el rey, y eso que tanto abultaban los regalos, oro, plata y las alhajas que para su transporte se necesitaron cincuenta grandes carros. Los francos añadieron también muchos regalos, los unos oro, otros plata, muchos dieron caballos y no pocos vestidos; cada uno dió lo que pudo. Despedido que se hubo la jóven con lágrimas y besos, y emprendida la marcha, rompióse al salir de la puerta de la ciudad el eje de un carro, y todos gritaron: «¡Una desgracia!» (1) quiere decir un mal agüero.

»Al llegar a la octava piedra miliar desde París mandó la jóven levantar las tiendas para pasar la noche, durante la cual se levantaron 50 hombres que tomaron cien caballos de los mejores, con frenos dorados y dos grandes fuentes, y huyeron cerca del rey Childeberto. Así siguió todo el viaje; todos los que pudieron apoderarse de algo huyeron. En las ciudades por donde pasó la comitiva los habitantes tuvieron que dar la manutención, material y aparato con grandes gastos, porque para el viaje no dió nada el rey de su propio bolsillo; todo debían sufragarlo los pobres súbditos (2). Temiendo el rey que su sobrino pudiera muy bien armar una sorpresa a su hija en el camino, le había dado por escolta un pequeño ejército. Las personas más distinguidas que la acompañaron fueron los grandes jefes de ejército Bobo, hijo de Múmol, con su mujer, a manera de padrinos de boda; y además, Domigiselo, Ansovaldo y Vado, el mayordomo de palacio, ex-gobernador de Saintes. Todo el acompañamiento pasaba de 4,000 hombres; los demás jefes militares y funcionarios de palacio que acompañaron también a la princesa se volvieron atrás en Poitiers, y la comitiva continuó su camino como pudo, robando y asolando los pueblos en todo el camino de una manera que excedía a toda ponderación. Hasta las chozas de los pobres fueron saqueadas; en las viñas cortaron las uvas con las ramas; se llevaron los ganados, en fin, por donde pasaron nada dejaron. Allí se cumplió la palabra del profeta Joel, que dijo: «Lo que dejan las langostas devoran las orugas; lo que dejan las orugas comen los insectos, y lo que éstos dejan destruye la roya.» Así sucedió entonces allí; lo que dejó la escaracha, tronchó el granizo; lo que dejó el granizo, mató la sequía, y lo que escapó de la sequía se lo llevó la expedición.

»Entretanto que ésta avanzaba con su botín, se trasladó

(1) *Mala hora* (malheur), expresión neo-latina.

(2) Así viajaban entonces los reyes, sus mujeres e hijos, los embajadores y todos los altos funcionarios (Giesebrecht).

Chilperico, el Neron y el Herodes de nuestro tiempo, a su hacienda de Chelles, distante cien estadios (cosa de cinco horas) de París, y allí se dedicó a la caza; pero regresando un día, ya muy entrada la noche, y apeándose del caballo, apoyando una mano en el hombro del criado, acercóse un hombre, le hundió un cuchillo en el pecho por el sobaco y le dió otra cuchillada en el vientre. Al instante arrojó mucha sangre por la boca y por la herida abierta, y rindió su alma infame.

»La lectura de lo que precede demuestra hasta dónde llegó la protervia de este hombre. Muchas comarcas incendió y destruyó repetidas veces, gozándose de ello en lugar de sentir pena, como en otro tiempo Neron, que recitó versos de tragedia mientras el incendio devoraba su palacio. Con mucha frecuencia castigaba a las personas injustamente solo para confiscar sus bienes. En su tiempo recibían casi siempre laicos, y muy contados eclesiásticos, las sillas episcopales. La gula le dominaba y su vientre era su dios. Para él no había nadie más sabio que él. También escribió dos libros, queriendo imitar en cierta manera a Sedulio; pero sus pobres versos no tienen fuerza para sostenerse sobre sus piés, porque ponía sílabas largas en lugar de cortas y viceversa, pues nada entendía de esto. También escribió poesías cortas, himnos y cánticos, pero que de ningún modo pueden servir. No se cuidaba de los pobres; de los obispos hacía constantemente ludibrio y su mayor gusto era satirizarlos y burlarse de ellos entre sus privados, llamando a uno casquivano, al otro altanero, a éste crapuloso, a aquél derrochador, al otro insolente y al de más allá petulante; nada odiaba tanto como las iglesias, y a menudo solía decir: «Ved, nuestras arcas son pobres porque nuestras riquezas han pasado a las iglesias; solo gobiernan los obispos, nuestra importancia y los grandes honores han pasado a los obispos de las ciudades.» Así hablaba mientras destruía sin cesar testimonios hechos en favor de la Iglesia. Con frecuencia pisoteaba los mandamientos de su padre, diciendo que no había nadie que los observara. En materia de lubricidad y excesos no hay medio de imaginar cosas que él no hubiese hecho, y, al propio tiempo, inventó siempre nuevos tormentos para torturar al pueblo. Al que en su tiempo era juzgado culpable le hacía arrancar los ojos, y a las órdenes que enviaba en sus asuntos a los jueces, añadía siempre: «El que no obedezca nuestras órdenes será castigado con la pérdida de los ojos.» Jamás tuvo amor sincero a nadie, ni nadie le tuvo amor, y por esto apenas hubo muerto quedó abandonado de todos; solo el obispo Malulfo de Senlis, que ya hacía tres días que aguardaba en su tienda de campaña (3) sin haber podido ver al rey, tan pronto como supo lo ocurrido, acudió, lavó el cadáver, le puso vestidos mejores, pasó la noche velando y cantando himnos junto al cadáver, y despues le trasladó a un barco y le dió sepultura en la iglesia de San Vicente (4), en París, donde se quedó la reina Fredegunda, alojándose en la iglesia principal.»

Nada hay que añadir a esta relación tan sencilla como expresiva, en la cual vemos retratados otra vez con admirable precisión los personajes, principalmente los francos, y la manera desastrosa con que esta raza inculta se condujo en el país infortunado que había invadido y conquistado. Vemos el carácter cobarde de la fiera Chilperico en la promesa que hace de no tocar a nada de cuanto había pertenecido a Sigeberto, y que, sin embargo, tenía en su poder, así como en el asesinato de uno de los embajadores de su sobrino Chil-

(3) Prueba de que no había habitaciones suficientes en la hacienda para dar alojamiento a forasteros, ni siquiera a un obispo. Los francos huían todavía entonces de viviendas cerradas.

(4) *Saint-Germain-aux-Prés*, fundada por Childeberto I.

deberto; y por lo demás, en la sumisión a su mujer, que con descaro vulgar cuenta en su presencia a los francos principales mentiras groseras sobre el origen de sus riquezas, que su codicioso marido mira con ceño adusto. Para dotar de numerosa servidumbre a su hija arranca a innumerables infelices del lado de sus familias, los cuales se consideran ya víctimas seguras de las peripecias que en adelante, de un modo u otro, han de ocurrir y en que el *ganado humano* pagaba siempre con sus cuerpos. La princesa, cuya marcha acompañaban tantas lágrimas, desesperación y malos augurios, era seguramente digna hija de tales padres, y en la primera noche empiezan ya a desertar nada menos que cincuenta hombres con cien caballos y objetos de gran valor. Los demás y toda la hueste de 4,000 hombres, destinada a proteger a la novia contra las asechanzas de su tío y primo, y que han de vivir sobre el país durante el viaje, roban, saquean, incendian y devastan con todos los horrores de la guerra, como la hacían los bárbaros, el propio territorio, hasta que la mayor parte de la servidumbre y de la escolta han desertado llevándose las riquezas que constituían el dote.

Gregorio de Tours dice, libro VII, 7, y libro X, 19, que Childeberto acusó a la reina Fredegunda de autora del asesinato de su marido, porque temía que se descubrieran sus relaciones adúlteras con Landerico, del cual hablaremos más adelante, mientras ella acusó del crimen al camarero Berulfo, a quien odiaba; pero de todo esto nada se ha podido averiguar, ni interesa tampoco.

Qué tal era entre los francos el estado habitual del infortunado pueblo sobre el cual dominaban, lo hemos visto ya suficientemente, y lo hemos inferido también de la relación del obispo historiador, que cuenta todas estas cosas como ordinarias y corrientes y las más veces no se irrita sino cuando el clero, sobre todo los obispos y la Iglesia, son los atropellados y saqueados. También tiene alguna conmiseración con el pobre pueblo, que trabaja y padece, pero siempre como cosa ya de costumbre. Igualmente se altera contra la mofa que Chilperico hacía entre los suyos de los obispos y contra la envidia con que miraba las riquezas y el poder que la Iglesia evidentemente tenía. Esto no impedía que Chilperico fuese ardiente católico; pero ni él, ni probablemente otro franco alguno, sin exceptuar los obispos francos, por él instalados para conceder a sus rudos guerreros más favorecidos un agradable retiro, podían comprender íntimamente el espíritu amable del cristianismo, a pesar de que componía a su manera himnos y otros cánticos de iglesia. En fin, Chilperico es el representante más completo del bárbaro cristianizado y cristiano porque le conviene y porque el cristianismo le da la posición que tiene.

CAPITULO VII

DESDE LA MUERTE DE CHILPERICO HASTA EL CONVENIO DE ANDELOT, O SEA DESDE 584 HASTA 587

Aquí intercala Gregorio un resumen de la vida del obispo Salvio, de Albi, que murió el 10 de setiembre del año 584 ó 585. De este resumen nos limitamos a extraer lo siguiente como más interesante:

«Vivió mucho tiempo vistiéndose y conduciéndose como seglar, ocupándose en cosas mundanas con otros funcionarios de la época, pero sin enredarse jamás en las pasiones a que suelen entregarse los jóvenes. Despues, cuando el hálito divino le hubo tocado el corazón, abandonó el servicio del mundo y entró en un convento, porque habiéndose ya propuesto ganar la gloria eterna comprendió que era mejor vivir pobre, pero en el temor de Dios, que correr detrás de las

granjerías de este mundo perecedero. Mucho tiempo pasó en aquel convento, observando la regla adoptada por los padres sus moradores. Cuando murió el abad que lo dirigía, encargóse (Salvio) de la obligación de mirar por aquella grey, y si bien hubiera debido mostrarse entonces más que antes entre los hermanos para velar sobre la disciplina y sobre su conducta, vivió más retirado que nunca; se instaló en una celda más apartada, y eso que en la que había ocupado hasta entonces se había demacrado con su excesiva abstinencia, tanto que, según él mismo refirió, había mudado nueve veces la piel. Se despidió de los hermanos y ellos de él, y se encerró. En esta su reclusión vivió con mayor abstinencia todavía que antes; pero cuando alguien le iba a ver, oraba por él y le daba pan bendito, con gran diligencia. Este pan ha devuelto completamente la salud a muchos enfermos. Por fin, la celda tembló, iluminada súbitamente por una luz clarísima, y el santo levantó las manos al cielo y expiró dando gracias. Entonces unieron los monjes sus lamentos a los de su madre y sacaron el cadáver, le lavaron, vistieron y colocaron en un ataúd, y así lo velaron, llorando y cantando salmos; pero cuando por la mañana se hicieron los preparativos del entierro empezó a moverse el cuerpo dentro del ataúd, y con las mejillas coloradas abrió los ojos, como quien despierta de un sueño profundo. Entonces refirió lo que había pasado a su alma en su tránsito al cielo.»

Esta relación, hermana de otras análogas que se han conservado de la Edad media, es interesante porque nos da a conocer las ideas que entonces se formaba la gente acerca del destino del alma despues de la muerte y del otro mundo.

«Cuando me encontrasteis yaciendo inanimado en mi celda hace cuatro días, me cogieron dos ángeles y me subieron tan alto hacia el cielo que ví debajo de mis piés no solamente esta sucia tierra sino también el sol, la luna, las nubes y las estrellas. Despues fui introducido por una puerta más resplandeciente que la misma luz en aquella morada, en la cual el suelo brillaba como oro y plata. Allí había una claridad indecible, una magnificencia imposible de describir, y una multitud de almas de varones y hembras que se perdía de vista lo mismo a lo largo que a lo ancho. Delante de nosotros (tres) iban ángeles volando y abriendo para nosotros paso por entre la multitud. Así llegamos a un sitio que habíamos observado ya desde lejos, encima del cual estaba suspendida una nube más clara que toda clase de luz; allí no había ni sol, ni luna, ni estrellas, sino un resplandor más rutilante que toda luz natural, y de la nube salía una voz como el ruido de muchos ríos. Allí fui saludado, yo pecador, con ademán humilde, por muchos hombres en traje eclesiástico unos y en seglar otros, que mis guías me dijeron eran mártires y confesores venerados aquí (en la tierra) con gran respeto. Cuando me hube parado en el sitio que se me había indicado respiré un aroma tan suave, que reforzado con esta dulzura no sentí más necesidad ni de comida ni de bebida, y oí una voz que dijo: «Que vuelva éste al mundo, porque nuestras iglesias le necesitan.» Solo se oyó la voz, pero no se podía ver de ningún modo al que hablaba. Entonces me eché en el suelo y dije, vertiendo lágrimas: «Señor, te ruego; no apartes de mí tu compasión, y déjame morar aquí, a fin de que no vuelva yo allá abajo y me pierda.» Entonces dijo la voz: «Anda en paz, porque yo soy tu guarda hasta que te vuelva a traer a este sitio.» Despues de referir esto el santo, con asombro de todos los que le oían, tomó otra vez la palabra y dijo entre lágrimas: «¡Ay de mí, que he tenido el atrevimiento de descubrir este secreto, porque aquel aroma suave que aspiré en sitio tan sagrado y que me ha mantenido estos tres días sin comer ni beber, ha huido de mí! Mi lengua está cubierta de grandes llagas y tan hinchada que es como

si me llenase toda la boca. Ahora veo que no ha gustado al Señor que yo divulgase estos secretos; ¡pero tú, Señor, sabes que no lo he dicho por soberbia sino con toda la sencillez de mi corazón! Perdóname, pues, te suplico, y según tu promesa, no me abandones.» Dicho esto, calló, comió y bebió. Yo sin embargo, que esto escribo, temo que parecerá increíble á algún lector; pero juro por Dios omnipotente que todo cuanto he referido lo he oído de la propia boca de Salvio.»

Este santo fué ciertamente sincero en su relación, porque los ascetas de su época, llenos de las ideas que encontraban en el Nuevo Testamento, particularmente en el Apocalipsis, se las representaban en sus éxtasis como cosas verdaderas.

«Bastante tiempo después fué sacado este hombre de su celda; y, elegido obispo (de Albi), fué consagrado contra su voluntad. En el décimo año de su obispado sucedió, me parece, que la peste de bubones asoló más que nunca la ciudad de Albi, sucumbiendo la mayor parte del vecindario; pero aunque eran pocas las personas que permanecieron en la población, no quiso abandonarlas el santo varón, procediendo en esto como buen pastor.

»Cuando al fin sintió, por revelación divina en opinión mía, que había llegado la hora de ser llamado de este mundo, arreglóse él mismo su ataúd, tomó un baño, se puso un hábito y expiró.

»Nunca buscó oro; cuando le obligaron á admitirlo, lo distribuyó en seguida á los pobres. Cuando en su tiempo el patricio Múmoló se llevó de la ciudad muchos prisioneros (1), siguióle Salvio y los rescató á todos; y tan grande fué la veneración que Dios le hizo inspirar á los soldados de Múmoló, que no solamente no quisieron admitir el dinero del rescate sino que además le hicieron regalos. Así restituyó la libertad á los prisioneros de su ciudad patria.

»Cuando Chilperico hubo encontrado la muerte que tiempo hacía había merecido, se unieron los vecinos de Orleans y de Blois (2), y juntos cayeron de improviso sobre los de Chateaudun, tomando é incendiando esta ciudad, llevándose el ganado, la cosecha y cuanto pudieron llevarse y quemando lo demás; pero cuando regresaron, se juntaron los de Chateaudun con otros en el territorio de Chartres detrás de ellos haciéndoles lo que ellos les habían hecho, no dejándoles nada ni dentro ni fuera de sus casas. Arreiciando así la contienda y habiendo los de Orleans echado mano á las armas, intervinieron los gobernadores (los cómites, de estas mismas ciudades) y se hizo la paz, llevándose el caso á la decisión de la inmediata sesión de la cámara de justicia, en la cual fueron condenados al pago de una multa los que sin autorización habían atacado á sus contrarios. Así cesó la lucha.»

Por este pasaje vemos que las ciudades y comarcas, lo mismo que los particulares y sus familias, se hacían la justicia por su mano, sin que esto fuese considerado precisamente como un crimen.

«En aquel tiempo cometió muchas atrocidades en la comarca de Poitiers un tal Vedasto (llamado después por autores franceses Vaast) con el sobrenombre de Avo. Este hombre había muerto algunos años antes á Lupo y Ambrosio por codiciar á la mujer del último, con la cual, que según decían era sobrina suya, se casó. Al fin, empero, tuvo un altercado

(1) Que sería en la campaña que hizo contra Chilperico y derrotó al general Desiderio, regresando después por la Auvernia, que su gente devastó terriblemente, á Borgoña, conforme referimos en su lugar. Habíase apropiado Gontran la ciudad de Albi, perteneciente á Childeberto, la cual devolvió en el año 587.

(2) Según Valois (*Valesio, Notice des Gaules*), es ésta la mención más antigua de Blois. Hasta el año 1697 no fué esta ciudad sede episcopal y separada de la diócesis de Chartres. La sede estaba en Chateaudun, donde Sigeberto había instalado un obispo que no tuvo sucesor.

con un sajón llamado Childerico maltratándose mutuamente de palabra, hasta que uno de los mozos del sajón atravesó á Avo con su venablo. Avo cayó al suelo y recibiendo todavía otras heridas rindió su alma perversa. Así vengó la divina majestad la sangre inocente que el infame había derramado, además de innumerables otras maldades, robos, homicidios y adulterios que prefiero callar. El sajón, sin embargo, tuvo que pagar la multa á los hijos de Avo.

»Entretanto, la reina Fredegunda, ya viuda, se trasladó á Paris, donde con los tesoros que en esta ciudad tenía guardados se instaló en una iglesia (3), en la cual fué bien recibida por el obispo Ragnemodo. Los tesoros que habían quedado en la hacienda de Chelles, y de los cuales formaba parte el adorno de mesa mandado hacer poco tiempo antes por Chilperico, fueron robados por los encargados de su custodia (4) y pasaron sin perder tiempo á Childeberto, que á la sazón se hallaba en Meaux.»

Esto y lo que sigue prueba que Fredegunda, la reina viuda, lo mismo que Brunequilda después de enviudar, podían muy poco en sus respectivos países, y Fredegunda mucho menos podía esperar con su pequeño hijo ni auxilio ni misericordia alguna ni de Brunequilda ni de Childeberto. El único recurso que le quedaba era el de entregarse á discreción á Gontran, á quien no había agraviado directamente, y cuya bondad era conocida. A él recurrió, en efecto, y los sucesos probaron que procedió con acierto.

«La reina Fredegunda, siguiendo el consejo que se le había dado (5), envió á decir al rey Gontran: «Que venga mi amo á encargarse del reino de su hermano, pues tengo un hijo pequeñito (6) á quien deseo poner en sus brazos, y yo misma me someto humildemente á él.» Cuando el rey Gontran oyó esto, lloró amargamente la muerte de su hermano (7); pero al fin moderó su dolor, reunió su hueste y marchó á Paris. Estando ya allí, se acercó por el otro lado su sobrino el rey Childeberto; pero como los parisienses no le quisieron admitir (8), envió embajadores al rey Gontran, para decirle: «Sé, piadosísimo padre, que tú no ignoras que un partido enemigo nos ha causado daño á los dos, haciendo que ninguno de nosotros pudiese recabar lo que de derecho le correspondía; por lo cual te suplico que sostengas los convenios pactados entre nosotros después de la muerte de mi padre.» El rey Gontran dijo entonces á los embajadores: «¡Miserables y falaces perpétuos que sois! Jamás se os puede creer; no cumplís lo que prometéis. Todo cuanto me prometisteis lo habeis infringido, y habeis hecho con el rey Chilperico un nuevo pacto de alianza (9) á fin de que me arrojasen de mi reino y se repartiesen mis ciudades. Mirad, aquí teneis los convenios; aquí están vuestras firmas escritas de vuestros puños (10). ¿Con qué cara pedís ahora que reciba yo bien á mi sobrino Childeberto, al cual vuestra perversidad quiere enemistar conmigo?»

A esto contestaron los embajadores: «Si tanta es la ira que llena tu corazón que no quieres cumplir lo que á tu sobrino has prometido, por lo menos abstente de quitarle lo que le

(3) Que sería la catedral, como suponía con razón ya Valesio ó Valois.

(4) *Theaurarii*, empleados subalternos después del gran chambelán del rey, ó *cubicularius*.

(5) Probablemente por el obispo Ragnemodo.

(6) Clotario II, que solo contaba pocos meses.

(7) Que ya debía saber.

(8) Fauriel, en su *Histoire de la France Meridionale sous la domination des conquérants Germains*, hace en este punto resaltar la aversión que entonces ya se manifestaba entre los neustrios, mas romanizados, y los austrasios, en su mayoría germanos.

(9) Chilperico y Childeberto.

(10) Hay que suponer que estos convenios, hechos con Chilperico, habían venido á parar de un modo ú otro á manos de Gontran. — Ruinart.

corresponde del reino de Chariberto.» Gontran replicó: «Mirad, aquí están los convenios hechos entre nosotros, y según los cuales, cualquiera de nosotros que entrare en Paris sin la voluntad de su hermano perderá la parte que le corresponde, y el (santo) mártir Poliucto (1) y los (santos) confesores Hilario y Martin le juzgarán y castigarán. Mi hermano Sigeberto entró después en la ciudad y pereció por juicio de Dios, perdiendo su derecho á la parte que le correspondía. Lo mismo hizo Chilperico. Ambos perdieron su parte correspondiente porque faltaron á los pactos; y como han perecido por el juicio de Dios, conforme á sus propios juramentos y á los convenios, someteré á mi dominio todo el reino de Chariberto con sus tesoros conforme tengo derecho á hacerlo, y no daré á ninguno sino lo que me dicte mi voluntad. De consiguiente, dejadme vosotros, falsos, y decid esto á vuestro rey.»

»Cuando hubieron marchado, llegaron otros embajadores de Childeberto que reclamaron á la reina Fredegunda, diciendo: «Entrégame la asesina que ha estrangulado á mi tía (Galsuinta), que ha asesinado á mi padre y á mi tío (2), y ha hecho decapitar á mis sobrinos (3). «A esto contestó Gontran: «Todo eso se tratará, y se determinará lo que haya que hacer en la asamblea (placito) que va á reunirse.» Fredegunda estaba bajo su protección, y frecuentemente la invitó á su mesa, prometiendo no desampararla. Un día que habían comido juntos, se levantó la reina y se despidió, pero el rey la detuvo y la dijo: «Come un poco mas;» y ella contestó: «Dispensa, señor; me he de levantar á la fuerza, á causa del estado en que me hallo.» Cuando el rey oyó esto, quedó sorprendido, sabiendo que solo hacía cuatro meses que había dado á luz un niño. La sospecha de que allí hubiese un fraude era natural, y en efecto, se manifestó pronto.

»Los notables (4) del reino de Chilperico, Ansoaldo y los demás, se agruparon alrededor de su hijo, de cuatro meses, según acabamos de decir, y le dieron el nombre de Clotario (II) y luego enviaron comisionados á todas las ciudades que habían pertenecido á Chilperico, mandándoles jurar fidelidad al rey Gontran y á su sobrino Clotario.»

Aquí tenemos un dato relativo al derecho franco-sálico que seguían los merovingios, y según el cual, la primera asamblea de hombres de armas se encargaba de la tutela del sucesor del trono si era de menor edad. No se arrogaron en su tiempo las asambleas respectivas la tutoría de Childeberto II, Gontran y Chilperico, probablemente porque en esta familia solían ser los tíos los peores enemigos de sus sobrinos inermes; ni había, según es de suponer, ninguna ley ni costumbre respecto de la regencia durante la menor edad del hijo del rey difunto, porque los grandes y hombres libres preferían ser independientes personalmente para extender su poder sobre los demás. Así sucedió á la sazón, en los dominios de Clotario II, donde gobernaban los grandes á manera de regentes, mientras Gontran se encargó de la protección de las personas de la viuda y del niño, y en este sentido enviaron órden á las ciudades del difunto Chilperico de jurar fidelidad al sobrino y á su tío, sin reconocer á éste derecho alguno sobre el territorio de aquel.

«El rey Gontran, sin embargo, restituyó con justicia á los interesados lo que los hombres del rey Chilperico habían arrebatado á cada uno. Mucho dió á las iglesias, y les entregó

(1) San Poliucto era venerado especialmente como vengador de perjurios. *De gloria martyrum*, cap. 103, Gregorio de Tours. — Ruinart.

(2) Sigeberto y Chilperico.

(3) Meroveo y Clodoveo.

(4) Que gobernaban el reino, como en Austrasia, durante la menor edad del rey.

los legados y herencias que les pertenecían por los testamentos que Chilperico había hecho desaparecer; á mucha gente se mostró dádivoso y á los pobres distribuyó grandes limosnas.

»Sin embargo, no creyéndose seguro entre la gente (en Paris), iba siempre armado, y nunca visitaba la Iglesia ni otro puesto de su gusto sin una fuerte escolta. Así fué que, habiendo ido á oír misa, se dirigió á los fieles reunidos, después que el diácono les había impuesto silencio, y dijo: «¡A vosotros, hombres y mujeres, los que estais presentes, os conjuro de conservarme ilesa vuestra fidelidad! No me mateis, como habeis hecho no ha mucho con mis hermanos. ¡Ojalá que me fuera permitido educar todavía por lo menos tres años á mis sobrinos, á quienes he prohibido, á fin de que no suceda, lo que Dios Eterno no permita, que muerto yo, os perdais juntamente con estos niños, porque entonces ya no habría varón de nuestro linaje en estado de protegeros.» Dicho esto, oró la comunidad á Dios por el rey.»

Esta súplica, que el descendiente de Clodoveo dirige al pueblo, pidiendo que no le mate y presentándose como su protector, pinta el carácter de esta familia y de su raza en general, y como se manifiesta al propio tiempo protector de su ahijado Childeberto, hay que admitir que su rencor se dirigía, no contra el joven rey, sino contra su reino y contra los jefes y poderosos francos que le gobernaban. No hay duda que la extinción de la familia merovingia habría dado lugar á interminables y feroces guerras entre los demás francos poderosos, como sucedió después cuando la dinastía decayó miserablemente en tiempo de los mayordomos de Palacio. Por lo demás, nadie sino los mismos miembros de esta familia se exterminaban con furor salvaje y falacia de fiera desde que llegó á ser poderosa con Clodoveo (5).

»Entretanto, llegó á Tolosa (Toulouse) la hija de Chilperico, Riguntia con sus tesoros, de los cuales hablamos mas arriba, y viendo que estaba ya próxima la frontera del territorio visigodo, empezó á buscar motivos para retardar su viaje. Su acompañamiento, además, le dió á entender que era indispensable detenerse un poco, porque ella misma estaba cansada, sus vestiduras estaban sucias, su calzado roto, los aparejos de las caballerías y carros descosidos y descompuestos (6), y que era mejor primero recomponer y poner cuidadosamente todo en buen órden y continuar después el viaje, para presentarse al novio con toda pulcritud y elegancia y no ser la risa de los godos al presentarse todos sucios y mal ataviados.»

Casi parece que el motivo verdadero de estos consejos era ganar tiempo para recibir, en territorio franco todavía, la noticia del buen éxito de la conspiración contra Chilperico, en la cual estaban probablemente iniciados los principales del acompañamiento de la princesa, si es que no eran los autores, con otros grandes, á juzgar por lo que sigue:

«Cuando por estos motivos estaban detenidos, llegó la noticia de la muerte de Chilperico á oídos de Desiderio, jefe de la fuerza armada; el cual inmediatamente reunió á los hombres mas arrojados y penetró con ellos en la ciudad de Toulouse, donde buscó y encontró los tesoros de la princesa. Los depositó en una casa que cerró y selló é hizo guardar por hombres valientes; designó á la princesa recursos muy exiguos para su manutención hasta su regreso á Toulouse, y

(5) Desde aquí en adelante seguiré la edición de las obras de Gregorio de Tours en la obra *Monumenta Germ. hist. Scriptor. ver. Merovingiar.*, publicada por Aruds y Keusch, y que acaba de ver la luz en Hannover, 1884.

(6) O: «los carros de equipaje se habían separado,» porque el original, libro VII, 9, dice: *Ipsosque aquorum atque carrucarum apparatus adhuc sicut plaustris evecti erant, seorsum esse disjunctos.*